



## EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60  
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843  
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

## SUMARIO

## UN PEQUEÑO REPORTEE

Sección vermouth.

CARLOS MIRANDA

El «pabellón» de Flora.

EDUARDO ZAMACOIS

El idolo roto.

J. PÉREZ RAMÍREZ

Grotescos.

FERNANDO PERIQUET

El siglo de las tonadillas.

F. SERRANO BAENA

La protegida del marqués.

TOVAR, DEMETRIO

Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de  
Julia Borrull y Fernando Periquet.

## JULIA BORRULL

*Una bailarina estupenda, definitiva, que si no cobra o que las estrellas de 350, es porque los señores empresarios son así (en el así pongan ustedes lo que quieran); por ser desgraciada Julita, lo es hasta en la reproducción de su retrato.*

*Los ojos de la Borrull son una noche de bodas.*



**5** céntimos





**C**ORFORME se desciende desde el viejo palacio de la Moncloa, hoy convertido en Escuela de Agricultura, por el paseo que encamina á los quietos estanques y á los melancólicos jardines de aquel apacible lugar de recreo, que aun conservan la patina de cortesanos tiempos, hay una bifurcación al promedio de la pendiente y de ella arranca una quebrada brusca, cambiándose también bruscamente la decoración del paisaje. Es hasta allí un campo de cultivo, cuidado y pulido, de surcos geoméricamente trazados, donde los futuros peritos agrícolas ensayan sus conocimientos, hortícolas, y en aquel punto surgen de repente añosos árboles, silvestres arbustos, y verde hierba que huele á frescura.

Por el fondo de la cortadura corre una

### EL ECHADOR MALHUMORADO



*Dametto*

—Créame usted; los camareros con sus gruñidos me ponen de un humor...

—¡Echa leche y no hagas caso!

ría de agua, que bulliciosamente sale de un pequeño túnel de ladrillos.

Aquel lugar agreste evoca amenos recuerdos y trae á la memoria historias de antaño: tiene el poético nombre de Arroyo de Cantarranas. Es el atajo de la Moncloa á la Florida. El agua que serpentea sobre un lecho arcilloso baja rápida hasta los Viveros de la Villa, por donde va á contribuir con su modesto óbolo á aumentar el exiguo caudal del Manzanares. La pluma de Quevedo y el pincel de Goya, inmortalizaron estos parajes bellos de Madrid de nuestros abuelos.

¿Tú los has recorrido, lector? Si no los has hecho, yo te recomiendo que los visites, seguro de que el viaje te ha de ser grato, si vas de sencillo paseante, y si sientes el aguijón del espíritu observador, miel sobre hojuelas, porque verás cuadros de puro realismo, y advertirás también cómo la Naturaleza se manifiesta, sino en toda su desnudez, á lo sumo eubierta con medias caladas y falda estrecha, discretamente recogida no más abajo de la rodilla.

Yo soy testigo, lo he visto con estos ojos picaros que se han de comer la tierra. Pero no lanzo para que el señor Sanz Escartin no se alarme y el señor Méndez Alanís no se subleve; no lanzo el «¡Yo acuso!», de Zola, sino el «¡Yo defiendo!», ó por lo menos, el «Yo disculpo», y hasta es posible que el «¡Yo envidio!»

Desecha la pereza, y una tarde dominiguera, mañana mejor que luego, toma el tranvia hasta la Bombilla, y sigue después por la tupida alameda de la Florida, que está linda y rozagante, como doncella en fiesta de bodas, y cuando en tu caminar llegues á la altura de un rebosante estanque de aguas enturbiadas, matizadas «de verdín y hojarasca», remonta un altozano y estarás á dos pasos del final del Arroyo de Cantarranas.

Toma cualquiera de las sendas estrechucas que culebrean á ambos márgenes del cauce encerrado en la cortadura, mas si



quieres actuar de observador cauteloso, yo te aconsejo que te decidas por la de la derecha: es el más pintoresco. Allí comienza la animada película; no pierdas mirada ni seas tarde en el ojeo, como si fueses cazador de conejos, que algo parecido á ellos has de ver, aunque tú, ¡oh, infeliz!, no seas precisamente quien los cace

Cabe cada chopo, á la vera de cualquier matojo, entre esta zarza y aquel majuelo, sobre la blanda alfombra de verde hierba, y verás trozos de Naturaleza palpitante y viviente. Se conjuga en silencio el indicativo del verbo «amor», y se hacen los preparativos para conjugar el imperativo del «multiplicar». Observa, pero pasa de largo y no conjugues tú el verbo «fastidiar»; fíjate, y verás cómo te lo indican la mirada suplicante de ella y los rayos que te lanzan los ojos de él. De vez en cuando hallarás cuerpos de distintas vestiduras, que parece que duermen; no lo creas: es que sueñan nada más.

Y así, ves subiendo ladera del arroyo hacia arriba. A cada matorral que separes para no herirte con la enramada bravia, te parecerá ver una conejera abierta, y á su boca una escopeta preparada; pero no te hagas ilusiones: son espejismos propios del follaje. Lo dicen todos los naturalistas desde Linneo al doctor Bombarda

Luego, cuando hayas llegado al final, á la empinada, que la topografía del terreno te ofrece, has un alto en tu excursión y medita. Seguramente resolverás volver, pero no á ser observador platónico, sino protagonista en acción. ¡Es tan agradable aquella quebrada abrupta, que surge de pronto al promedio del paseo, que encamina á los quietos estanques y á los melancólicos jardines del apacible lugar, que aún conser a la pátina de cortesanos tiempos! ¡Gusta tanto evocar los recuerdos del paisaje bello que inmortalizaron la pluma de Quevedo y el pincel de Goya, y que lleva el poético nombre de Arroyo de Cantarranas.

¡Calumniado Manzanares: recoge con mucho amor las aguas que á ti llegan, por los Viveros de la Villa, y preguntales lo que sólo vieron al bajar rumorosas por el estrecho cauce que baja desde la Moncloa á la Florida!

Un pequeño REPORTER

Lea usted el martes  
EL LIBRO POPULAR

## El "pabellón," de Flora

¿Quiénes son todas estas  
jovencillas de doce á quince abriles,  
flores que no engendraron los pensiles,  
capullos que no vieron las forestas?

¡Oh, Flora amante! Diles  
— si alguna vez á su oración contestas —  
que en todos los vergeles hay reptiles,



Ella.—¿No quieres acompañarme?

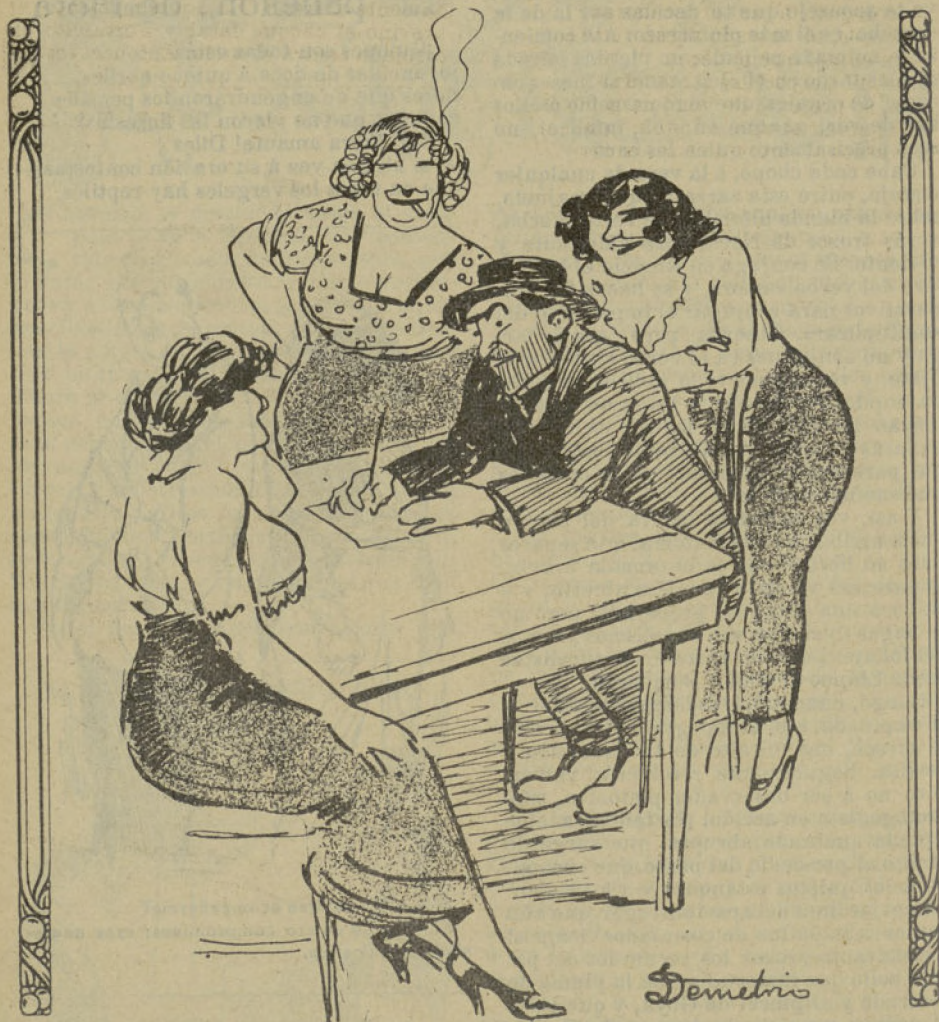
El.—No; no quiero compromisos; eres demasiado provocativa!

como hay fieras también en los cubiles...  
montones de ripios en las fiestas  
de tus Juegos florales...

Que preserven sus gracias virginales (?)  
del impuro contacto  
de los hombres que miran con el tacto;  
que no encubran con flores sus caricias,  
ni ofrezcan en voz baja las delicias  
de amores pervertidos y perversos  
por las aberraciones é impudicias  
de linajes diversos,  
de que yo no he de hablarles en mis ver-  
[sos.



## LA CARTA DEL SACRISTA.



Demetrio

*Escribiendo.*—... los candelabros y la ropa de altar están comprados, ahora estoy en tratos con un pendón...

Sé que á esto contestar se me podría con derecho, en Derecho y por derecho, que cubre el pabellón la mercancía... Sí; tal ocurre —*de hecho*— con las que venden flores hoy en día, por regla general. (Hay excepciones... que confirman la regla.) ¡Y todavía piensan algunos cándidos varones

que las persigue aquí la policía!  
Sí: ¡magras de jamónes!

Elias fingen vender, ¡y vaya cardo!  
Y esc de que debajo de una rosa, de un clavel ó de un nardo, se oculten otras malas intenciones, me parece una cosa como tentar á Dios con oraciones...



¿Qué hacen esas señoras de «la trata de blancas», que á estas horas no han ideado el medio de convertir á tantas pecadoras precoces, ni buscado algún remedio para el mal que padecen esas mil sierpecillas tentadoras que, so pretexto de vendernos flores, nos hablan al oído y nos ofrecen llevarnos al jardín de sus amores?...

Conste, lector carísimo ó lectora — para los que no entiendan mi morauzaquera *lata* — que me refiero á las que ofrendan más á Venus que á Flora.

(Las demás no se ofendan.)  
Si quieren vender flores, que las vendan; ¡mas que no nos *seduzcan*, como ahora!

Carlos MIRANDA

## EL IDOLO ROTO

Nadie pudo explicarse cómo el tranvía eléctrico núm. 109, había arrollado al estudiante Fortunato Muñoz, que salía de la Maison Dorée, y atravesaba reposadamente la calle Alcalá, en dirección á la de Sevilla.

En aquel momento, la plazoleta que hay delante del Palacio de la Equitativa estaba despejada y tersa como la superficie de un estanque helado; el coche núm. 109 venía de la Puerta del Sol, cargado de viajeros; el conductor había dado toda la corriente, y el pesado vehículo pasaba como un proyectil, hundiéndose en el cono luminoso que extendían ante él los reflectores eléctricos con esa velocidad brutal, irrefrenable, del *último tranvía*... Al ver á Fortunato Muñoz que cruzaba la calle con paso firme y tranquilo, el conductor del coche tocó repetidas veces el timbre de alarma, pero sin miedo, porque un atropello en circunstancias tales parecía imposible. El tranvía siguió avanzando y Fortunato también; ya sólo mediaba entre ellos cuatro ó cinco metros, el desdichado transeunte miró al coche con ojos impávidos de sonámbulo, que no aprecia sus sensaciones, y dió algunos pasos más hacia los rieles por donde en aquel momento supremo pasaba la muerte. El conductor, al comprender la inminencia de la catástro-

fe, lanzó un grito que puso en pie á todos los viajeros y dió media vuelta á la manivela reguladora, agarrándose desesperadamente al freno. En aquel momento, sobrevino el choque fatal y Fortunato fué arrojado contra el suelo. Entonces los que

### UN «PRIMO» DEL TODO



*Ella.*—Oye, primo, ¿quieres hacerme el favor de llevarle un recado a mi novio, sabes?, á Pepito Ronzález.

*El.*—Bueno; no tengo inconveniente; pero lo que te suplico es que delante de mí no le registres los bolsillos, como hiciste la otra noche.

iban en la plataforma delantera comprendieron que no se trataba de un suicidio, sino de una distracción inexplicable; el estudiante, aturdido momentáneamente por el golpe, trató de levantarse, perneando entre los pliegues de la capa que le sujetaba, con los ojos fuera de las órbitas,



## EL PADRE DEL SEDUCTOR



*El*.—Lo siento por usted, hija mía, pero no estoy dispuesto á consentir esta boda; yo la pasaré cuatrocientas pesetas mensuales para usted y el niño, y en cuanto á mi hijo, le cortaré de raíz esa libertad de que disfrutó siempre.

*Ella* (sollozando).—¿Y por qué no se la cortó antes de que me conociera á mí?

extendiendo sus brazos crispados, como para contener á la muerte. Pero el tranvía, en virtud del impulso adquirido, siguió avanzando sobre su víctima con una especie de voracidad consciente, y al fin la arrolló, comprimiéndola, magullándola bajo su pesada mole de hierro...; y hubo un rumor sordo, repugnante, de carnes desgarradas, de huesos partidos; el tetáni-

co estremecimiento postrero de algo palpitante que agoniza...

Entonces el tranvía se detuvo; sus ruedas destilaban sangre... El cuerpo del muerto, retorcido por el dolor, yacía en medio de los rieles como una masa informe de trapos ensangrentados.



No; Fortunato Muñoz no era un suicida: cuando la muerte le salió al paso, no la vió; una preocupación invencible había anulado en él las impresiones del mundo exterior; andaba sin tener conciencia de sus pasos, miraba sin ver, era un desdichado sobre cuya cabeza la Fatalidad acababa de descargar el mazazo de una revelación horrible.

Aquella noche, Fortunato Muñoz y un joven pintor amigo suyo, se encontraron en cierta encrucijada de los barrios bajos.

—¿Qué haces aquí?— preguntó el pintor.

—Estoy esperando á mi novia.

—¿A tu novia ó á tu querida?...

Aquella pregunta formulada así, tan crudamente, flageló el rostro del estudiante y sus mejillas se colorearon.

—Bueno, sí... tienes razón; es mi querida; pero no se lo digas á nadie...

—¿Es casada?

—No.

—Entonces... conviene que esto no trascienda.

No importa; se trata de una excelente muchacha, muy trabajadora, muy honrada, á quien quiero mucho. El pintor miraba á su joven amigo con ojos socarrones.

—Habla sin rebozo —dijo—; en esos amores adivino un idilio muy bonito.

Fortunato Muñoz, con esa ingenuidad infantil de los veinte años, refirió todo cuanto sabía de su querida. La conoció en un baile de máscaras; tenía más edad que él; era alta, pelinegra, muy tacaña de cintura, muy pródiga de aparejo y muy elegante en el vestir; además era gran conversadora y tenía ademanes y propensiones aristocráticas de mujer de mundo.

—Es muy ilustrada —añadió Fortunato—, ha leído mucho y conoce á todos nuestros artistas.

—¿Cómo se llama?

—Elisa. ¿La conoces?

Y los ojos de Fortunato Muñoz expresaron una ansiedad infinita. El pintor había fruncido el entrecejo, como recordando. Luego se encogió de hombros.

—¡Oh, no sé! —dijo—; hoy tantas mujeres de ese nombre!

—Antes de conocerme —prosiguió Muñoz—, Elisa estuvo en relaciones con un militar, un calavera desalmado, que la perdió. Ahora la pobrecita vive y mantiene á sus padres con lo poquito que gana en un obrador de plancha de la calle de Embajadores. Me gustaría que la conocieses. Esperemos un poco; ya no puede tardar.

¡OH... LA MODA!



¿Por qué me habrá preguntado Luis al verme con este traje si estaba fuera de cuenta? ¿Habrá querido decir si se lo he pagado ya á la modista?



Pasaron algunos minutos.  
—Esa mujer no viene —dijo el pintor.  
Fortunato consultaba su reloj mirando  
à todas partes impaciente.  
—¡Es raro! —repetía.  
—Déjala, mañana la verás —agregó el



El. —Bueno; no quiero discusiones en la calle, pero en cuanto lleguemos à casa va à ser gorda à que voy à tener contigo.

Ella. —¡Qué más quisieras tú pedazo de infeliz!

pintor—; vamos al café, quiero llevarte à una reunión de artistas, amigos míos, casi todos viejos, muy corridos, y de famosísimo buen humor. No seas chiquillo, vente...

Y Fortunato Muñoz se dejó llevar. Durante el trayecto fué hablando de Elisa: Elisa era su ángel bueno, su madre, su mejor amigo, un perfecto dechado de guapeza y de virtud.

—Desde que la conozco —decía Fortunato— me siento más trabajador, más estudioso...

Llegaron à la Maison Doree. En un rincón del café, sentados alrededor de dos mesas muy largas, había diez ó doce individuos, artistas en su mayoría; pintores, escultores, poetas... El ángulo que formaban las dos mesas al reunirse cortándose perpendicularmente, lo ocupaba el músico Sánchez Garfín, un hombre como de cincuenta años, gran comedor, que siempre hablaba a gritos, y cuyas alegres carcajadas de viejo libertino se oían desde muy lejos. La presencia de Fortunato Muñoz pasó inadvertida, y apenas si algunos de los contertulios, aquéllos que estaban más próximos à la silla que ocupó el estudiante, se dignaron volver la cabeza para mirarle.

Se hablaba de política; luego, una noticia publicada en un periódico que acababan de traer, empujó la conversación por derroteros artísticos. Después se habló de mujeres.

—Una de las mejores modelos que han pasado por mi estudio —dijo el pintor Pérez-Esteban— es Gertrudis, ¿os acordáis?...

—Si, tenía una cara preciosa, pero, en cambio, de la cintura hacia arriba no valía un pitoche.

—¡Oh!... Para senos y brazos nadie como Elisa.

—¿Quién?

—Elisa Montes, la que fué querida de ese...

Y el que esto decía señalaba con un gesto à un anciano escultor, de labios entreabiertos, que permanecía indiferente, sin intervenir en la conversación, como hombre agotado para quien ya no hay sensaciones. Al oír el apellido de aquella Elisa à quien ya nadie recordaba, Fortunato Muñoz había experimentado un sacudimiento horrible.

—Esa mujer à que se refieren ustedes —preguntó dirigiéndose à uno de los individuos que estaba à su lado—, ¿no es modista?

El interpelado miró à Fortunato con sorpresa irónica, encogiendo de hombros, y éste se puso muy colorado, creyendo haber dicho una tontería. Durante largo rato el estudiante continuó apurando en silencio el cáliz amarguísimo de todas las desilusiones. Los enamoramientos de Elisa Montes se contaban por docenas; se referían sus amores con un escultor que mu





Ella (entorrandos los ojos).—Buenc; bésen e usted todo lo que quiera, pero con la condición de que cumpliré su promesa, de darme un beso raro...; presiento una sorpresa agradable.



rió dos años antes y á quien sirvió de modelo para un grupo que obtuvo medalla de segunda clase en la Exposición de París; con el músico Sánchez Garfín, con Pérez-Esteban, en cuyo taller vivió encerrada más de tres meses, sin querer salir á parte ninguna; se recordaron sus chistes, sus borracheras, que la granjearon



Una.—¡Ay; mi novio se pone enfermo cuando se acerca á mí, y yo sufro mucho por serme imposible remediar su mal!

La otra.—¿Cómo imposible?; el remedio está en tu mano.

cierta triste popularidad en los comedores de Fornos, sus extravagantes caprichos de mujer lunática...; y todos hablaban de su cuerpo como de algo muy conocido y familiar, aludiendo frecuentemente á un lanar que la antigua modelo tenía en la espalda, y á la altura de las caderas...

Fortunato, más bien caído que sentado sobre su silla, escuchaba humillando la cabeza ante aquel flujo de infernales revelaciones. La mujer que su noble y generosa imaginación había dignificado y embellecido con esa poética corona de es-

pinas que adorna la frente de las pobres mujeres abandonadas, no tenía redención; era un altar sin divinidad, un idolo roto que aceptó los torpes sacrificios de muchos devotos, un cuerpo complaciente que los artistas dejaron dormir sobre los divanes de sus estudios para los momentos de bacanal... Pensó en que él era para Elisa uno de tantos; sus caricias no podían surgir en ella ninguna impresión desconocida; sus labios, al juntarse con los suyos, no despertarían en ella ningún nuevo deseo...; evocaba con cierta vergüenza los miramientos y pudorosos eufemismos con que siempre acostumbró á tratarla; y luego, zurdienzo lo que acababa de oír con añejos recuerdos dispersos, recordaba haber visto el retrato de Elisa en las páginas de algunos periódicos ilustrados...

De pronto, Fortunato Muñoz se levantó y salió del café sin saludar á nadie. El frío de la calle no produjo en él ninguna sensación y echó á caminar como un autómatas, repitiendo tres palabras que compendian todo un larguísimo poema de sufrimientos y de amor:

—«Me ha engañado... me ha engañado»...

Sus miembros experimentaban una extraña sensación de vacío; parecía ir caminando por los espacios interplanetarios, inmóviles, sin ruidos y sin luz...

De repente recibió un golpe violentísimo y cayó al suelo; entonces vió que un tranvía, con su panza luminosa, repleta de viajeros aterrados, avanzaba sobre él, y sus nervios, adormecidos hasta allí, vibraron con el amor á la vida y quiso levantarse, pero ya no pudo; la muerte le sujetaba por el cuello... ¡Ay, de los vencidos!...

Eduardo ZAMACOIS

## GROTESCOS

### Sombras de Versalles

—¿No os place esta soledad encantadora, como de conspiración?

—Como de conspiración, ya que vos conspiráis contra mi esposo...

—Conspiremos. Sabed, marquesa, que os amo aún más de cuanto os digo, como cumple á vuestra hermosura.

—Chist...

—¿Qué sucede? Huyamos por esta avenida.



—Huir debiéramos de nosotros mismos. Chist... Una parejita, una collerita, se acerca y creo adivinar quiénes sean ellos, aunque no distingo bien todavía cómo vienen cogidos...

—Ni yo.

—¡Digno fin, como de costumbre, ha terminado la fiesta! He sorprendido, indignadísima, á criados y doncellas abrazándose y hasta perseguiéndose, abandonando las jillas. ¡Qué corrupción y qué desamor!...

Mirad hacia allí: la baronesa y su último proyectando, junto al estanque, una sola sombra, una sola...

Y aquéllos son Eiena y su vate. ¡Amantes extraños! Hace varios meses que se aman en silencio.

—¿Como esta noche?

—Como esta noche. ¿No veis qué calladitos van, diciéndoselo todo? Lo peor es que ella ama á tres en silencio...

—Bien; basta ya, marquesa, y huyamos, que la noche es para amar. Sabed que os adoro.

—Bella palabra; pero habéis de ver más, porque tengo empeño en ello y porque aguardo aún ciertas sorpresas. Ese ruido... ¿Monseñor?... Sí, el mismo monseñor se recoge las faldas tras esos rosales...

—¿No son dos faldas las que se recogen?... ¡Horror!

—¡Chist!... Mi marido...

—El marqués. Seguramente os busca.

—¡No! Es que se le ha extraviado su Celia. ¿Por dónde andaré Celia? El pobre parece que está inquieto.

—Vos también.

—Sí, por él, naturalmente.

—Ya la encontrará.

—Celia y ese imbécil canciller no han dejado de mirarse durante toda la comida; el marqués tenía una cara... ¿Le veis ahora manoteando? Estará furioso, y con razón. Temo que esa coquetísima Celia... llegue á estropear también nuestra entrevista...

—¿Cómo?

—Sí..., tendréis que dispensarme quizás que, por esta noche...

—¡Marquesa! No sabría...

—Mi buen amigo; yo espero de la probada galantería que os adorna que me sabréis perdonar un incidente involuntario:

—¡Pero, marquesa!...

—Caballero: ¿y mi marido? ¿Se va á quedar él desairado esta noche...?

J. PÉREZ RAMÍREZ



—Las dudas de este hombre me molestan; me dice que si le quiero algo, á las nueve de hoy debo estar aprisionada por sus brazos... ¡dudar de que le quiero cuando yo me pasaría la vida aprisionada!

Lea usted en EL LIBRO POPULAR

## La Libertadora

novela completa por

ENRIQUE GONZÁLEZ FIOLE

20 céntimos



## El siglo de las tonadillas <sup>(1)</sup>

Feliu y Codina, el dramaturgo inolvidable, pinta magistralmente la España del siglo xviii: «Vivía el pueblo — dice — confundido en una niebla de innovaciones y reformas extensivas á todos los puntos serios y fértiles de su existencia... Teníase á sí misma aquella perturbada España por un mero y ruin trasunto de la sociedad francesa.» Rarecia que la atmósfera francesa que envolvía á nuestra patria no era sino un dilatado espejo que reflejase los «gestos, cortesías, trajes, minuets y todas las futilidades de los cortesanos de las Tullerías».

El teatro, como la música, eran franceses. Ni el gusto de los titulados directores de la educación popular, ni la censura oficial, prestaban el más insignificante apoyo al glorioso teatro de Lope y Moreto, ni á la música popular, ni en la pintura brillaba otro modo que el de Francia, si es que alguna vez esta Nación tuvo, en realidad, escuela. Como dos astros de primera magnitud, sí, pero solitarios, brillaban en aquel obscuro horizonte Ramón de la Cruz

y Goya. Perseguido el españolismo neto por la garra opresora del gusto extranjero, refugióse el sentimiento patriótico en las clases populares, y en ellas, cual perfume *concentrado*, según frase de Feliu y Codina, esperó á que el tiempo aireara nuestra tierra, para difundirse con más intensidad que nunca por la Nación entera. Pues si copiaban la vida francesa nuestras clases superiores, calcúlese cómo sería ella por este corto párrafo que copio á la letra de un escrito del duque de Villahermosa, testigo excepcional por tratarse

de uno de los más desenvueltos, gallardos y seductores caballeros de la Corte de Carlos III. Dice así desde la capital de Francia, donde prestaba sus servicios cancellerescos en la Embajada española: «... las tertulias en París empiezan á las nueve de la noche, se suspende el juego, únicamente para cenar, y se vuelve á jugar hasta las cuatro ó las cinco de la madrugada.» Tal existencia retrata á una sociedad que así trasnochaba, careciendo de elucubrado público, de vigilancia nocturna organizada, de empujando callejero y de los modernos medios de locomoción

urbana. Por inexplicable contraste, en vez de copiar todos, absolutamente todos los modos de las costumbres francesas, nuestros «petimetres y lechuguinos» — dice el padre Coloma — acentuaban la nota manolesca que había de alcanzar su mayor boga en el reinado de Carlos IV y «frecuentaban más los garitos que los salones, lucían con más garbo la redecilla que la peluca y oían con más gusto que en años anteriores al tío Paquete, el popular ciego de las gradas de San Felipe... verdadera celebridad de entonces, que arrancaba

aplausos de las más aristocráticas manos, cantando, no ya en calles y plazas, sino en muy dorados estrados».

Como de una celebridad de época hizo Goya el retrato del popular ciego, en lienzo, que hoy posee el señor marqués de Heredia. De tan estafalarío mendigo, dice el señor conde de la Viñaza, en su libro *Goya y su tiempo*, que «era llevado á tocar la guitarra y á cantar por el arte con que lo hacía.» El padre Coloma cita la letra de uno de los cantares del tío Paquete, fiel reflejo del espíritu que al pueblo bajo madrileño animaba frente á la galomanía de las clases altas:



Fernando Periquet.

(1) Del folleto *Apuntes para la historia de la tonadilla y de las tonadilleras de antaño*, por Fernando Periquet.



«Vale más un cachete de cualquier maja, que todos los halagos de las madamas».

Así era de inconsecuente la alta sociedad de aquella época. Mientras seguía servilmente paso á paso las modas de la Nación vecina en trajes, muebles, libros, joyas y palabras, gustaba de zambullirse en lo más hediondo del españolismo, sin cuidarse poco ni mucho, de sanearlo. Galdós, en *La Corte de Carlos IV*, describe magistralmente aquella sed de encanallamiento. Linajudas damas y encofetados caballeros buscaban el trato y la amistad de la hez de los cómicos, toreros, majas y hasta chisperos. Arquetipo de aquellos grandes señores fué el marqués de Mora, aristócrata de abolengo, militar de gallarda presencia y desenvuelta osadía, ingenio despierto, por quien más de una elevada hembra lloró, mientras él rendía amoroso vasallaje en París á la célèbre mademoiselle de Lespinasse, precioso ejemplar de esa clase de mujeres que los españoles netos llaman lagartas. Y entre las ricas hembras de igual época que en Madrid manolearon é hicieron famoso su nombre, es forzoso citar á doña María Luisa de Silva, la aristocrática maja, varias veces retrada por Goya, admirable tipo de mujer española, menuda de cuerpo, armónica de formas, de diáfana epidermis, ingenuo rostro, negra cabellera, ingeniosa, dicharachera, amparadora de cómicas, como la Tirana, y de toreros, como Costillares, implacable en lides de amor con sus enemigos, aunque se apedillarán Parma y ostentaran real corona, según detalla Alberto Savine en sus últimos estudios históricos. Como esta atrayente mujer, había por aquel tiempo otras muchas en Madrid, ocupadas en tan altos menesteres, como el de inventar para los lunares postizos, entonces en moda, nombres de situación, *apasionados*, llamaban á los inmediatos á los ojos; *coquetos*, á los próximos á la boca; *recelosos*, si á la barbilla, etc., etc. De esta frívola existencia social nacía el deseo de hacer rápidos, fugaces, vertiginosos, los placeres, y ¡quién sabe si la tonadilla sólo por breve adquirió mayor realce que nunca al mediar el siglo xviii!

## La protegida del marqués

(CUENTO)

El muy noble señor don Luis Gutiérrez, marqués de..., de la muy respetable edad de cincuenta y nueve Navidades, ni una más ni una menos, permitíase el lujo de prestar protección á la más hermosa mu-

### INOCENCIA



—¡Papá mío, sé complaciente, no me hagas desgraciada, negándote á que sea novia de mi primo! ¡Cómo se conoce que no te ha dicho á ti, al oído, las cosas que me ha dicho á mí!

jer que parió madre. El hecho en sí de «prestar protección» á una señorita no puede ser más vulgar y corriente, entre personas—claro está—que gozan de «cierta posición», pero digo «permitíase el lujo», porque la protegida del marqués no era una de tantas que se conforman con cualquier cosa, sino la bellísima *Niña de las flores*, la cupletista de moda, tan admirada entonces, como ahora lo es el celeberrimo Juanito Belmonte.

La tal niña venía á costarle al señor Gutiérrez dos mil *pelas* todos los meses: era su tarifa tratándose de personas que



han pasado el Rubicón —léase de los cincuenta—. Ni que decir tiene que para los jóvenes los precios eran convencionales. ¡A pesar de esto, el buen marqués abrigaba la pretensión de ser amado por su *bella cara* —(¡infeliz!)— y creía á la *Niña*



Ella.— ¡Anda llévame á la Bombilla!

El.— ¡Pero niña, con este sombrero!

Ella.— ¿Y qué más da? Supongo que donde quiera que vayamos te lo tendrás que quitar... porque debe ser muy molesto.

de las flores un dechado de virtudes, incapaz de serle infiel.

Antes de pasar adelante conviene advertir que don Luis Gutiérrez estaba casado con... su mujer, naturalmente, cuyo nombre no viene á cuento decirlo aquí.

De este enlace nació Ricardo, heredero del título, el cual, en la época que ocurrió

esta verídica historia, contaba veinte primavera. ¡Oh, edad de los amores!

Don Luis tenía la costumbre de pasar en amorosa compañía de la *Niña de las flores*, desde las dos de la tarde hasta las seis de la misma, únicas horas que su conyuge —una mujer de pelo en pecho, terriblemente celosa á pesar de sus años— le dejaba libre para tomar café, dar un paseo ó hacer lo que se le antojase.

Y es el caso que una mañana, queriendo poner á prueba la fidelidad de su amante y aprovechando la feliz circunstancia de hallarse su mujer de compras, curioso y curioseando los comercios, dió una escapada y encaminóse al domicilio de la *Niña de las flores*.

Llamó, y así que hubo tirado de la campanilla, abrióle Pepita, la doncella de la *divette*, en quien ésta tenía puesta toda su confianza.

—¿Está la señora?— preguntó el marqués.

—La señorita... no... sí... la...

Bastóle al marqués observar la turbación de la doncella para comprender que su amante le engañaba, y llevándose el índice á los labios, imponiendo silencio á Pepita, echó á andar, corredor adelante, con paso decidido. Y antes de llegar al gabinete, en que solía estar la *Niña de las flores* entregada á las labores propias de su sexo, oyó un chasquido sonoro y prolongado... Después sonó otro, y luego otro, y muchos mas...

Entonces miró el marqués por el ojo de la cerradura y vió á la *Niña de las flores* en brazos de un hombre...

—¡Ah, infame!— pensó don Luis, mientras sacaba de su bolsillo un magnífico revólver— no vas á salir bien librado.

Y levantando furioso el picaporte, penetró resuelto en el gabinete, blandiendo en la diestra mano el arma amenazadora con que apuntaba al intruso.

—Caballero...

No le dió tiempo á decir más; cayósele el revólver de las manos, siendo milagroso que no disparara al chocar contra el suelo: aquel joven, ¡era su hijo!

Permanecieron los tres breves segundos en silencio; el marqués lanzaba miradas penetrantes á su hijo; éste al marqués, y la *Niña de las flores* á los dos.

Entonces, Ricardo, para acabar de una vez con aquella violenta situación, dijo á su padre con mucha calma y serenidad:

—No hay que apurarse, papá; después de todo, mejor es que sea yo, que no otro...



Al fin y á la postre... ¡todo se queda en casa!

Y cogiendo el bastón y el sombrero, salió precipitadamente á la calle.

**Francisco SERRANO BAENA**

EL [PARIENTE PROVINCIANO



Ella.—¡Qué barbaridad; cuantos amigos te saludan por la calle!

Ella.—Y menos mal que en la calle no hacen más que saludarme, porque son tan pesados que no me los puedo quitar de encima.

## LA CITA

Del huerto en un recóndito paraje charlábamos los dos. La noche había caído sobre el mundo, pero el día hallaba en nuestras almas hospedaje.

Y hablábamos de amor. Nuestro lenguaje era como un murmurio de alegría, y un arroyuelo á nuestros pies tañía su voluptuosa orquestación salvaje.

Temblábamos henchidos de ansias locas, y de pronto se unieron nuestras bocas con el perfume espiritual de un beso.

En ese instante, apareció la luna tras de la sierra, y semejaba una funambulesca máscara de yeso.

**F. RESTREPO GÓMEZ**

### EL FENÓMENO

*sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende*

### La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

### PABLO CUESTA

Encargado de la venta de *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA* en Madrid.

Tres Cruces, 4, tienda.

Reparte toda clase de periódicos y revistas

## IMPRESA

DE

### EDICIONES ESPAÑA (S. R.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.343

Agentes exclusivos en Sud América  
**MASSIP Y COMPAÑIA**  
 RIVADAVIA, 693.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

Biblioteca Regional de Madrid



## SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas  
higiénicas que vende

## LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

## Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, ur-  
pus, etc. Tomar todos los días un  
Papel Yhomar disuelto en un vaso  
de leche ó agua muy azucarada,  
y desaparecerán esos defectos que  
afean el cutis y teniendo constancia  
obtendréis una piel fina, tersa y deli-  
cada como pétalos de rosa. Gayoso,  
Madrid; Gamli, Valencia, y en las  
principales farmacias bien surtidas.

# ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR  
NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga  
y ríñones. Dilatan las estrecheces,  
rompen la piedra y expulsan las are-  
nillas, curan los catarros ó irritacio-  
nes de la vejiga; calman al momento  
las punzadas y horribles dolores al  
orinar, limpiando la orina de posos  
blancos purulentos, rojizos y de san-  
gre. Las SALES KOCH no tienen rival  
por su acción rápida y segura. Venta  
en las boticas del mundo. Las CÁP-  
SULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin  
peligro, los flujos blenorragícos secre-  
tos recientes y modifican los cróni-  
cos. Para lograr un éxito fijo pídase  
gratis á la CLÍNICA MATEOS,  
Arenal, 1, de MADRID (Españ-  
ña),\* el método explicativo infalible.

Agente exclusivo para los anuncios de LA  
HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR,  
Francisco Pastor, Postigo San Martín, 9.

## OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes. . . . .	1 ptas.	La vida cachunda. . . . .	0,20 ptas.
Alaridos eróticos. . . . .	1 . . . . .	La reata humana. . . . .	2 . . . . .
Cartas para todos. . . . .	0,50 . . . . .	Entremeses. . . . .	1 . . . . .
Quince romances en chufia. . . . .	0,50 . . . . .	Viaje cómico por España. . . . .	1 . . . . .
Monólogos picarescos. . . . .	0,50 . . . . .	Chascarrillos y epigramas. . . . .	0,50 . . . . .
Cartas amorosas. . . . .	0,50 . . . . .	Vida de Belmonte y algo más. . . . .	0,50 . . . . .
Para que rían las mujeres. . . . .	0,50 . . . . .	Joselito tiene miedo. . . . .	0,50 . . . . .
Los caminos del amor. . . . .	0,50 . . . . .	La República del Común. . . . .	0,30 . . . . .
Diálogos del teatro. . . . .	0,20 . . . . .	Malagueñas y cantares . . . . .	0,20 . . . . .

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

## Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

## Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían a provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dolar.

Los pedidos, con su importe, dirijase UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LI-  
BRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.